

# La hospitalidad como trampa en *El cuento del Grial*

Mariana Florencia Gómez<sup>1</sup>

A lo largo de *El cuento del Grial*, Perceval y Gauvain, como caballeros errantes, atraviesan distintos espacios, por lo cual la hospitalidad juega un rol importante en diversos episodios de este *roman* de Chrétien de Troyes. En ocasiones, la hospitalidad no solo garantiza un refugio al viajero, sino que también constituye una celebración de los valores cortesanos, que ensalza el honor tanto de quien prodiga las atenciones como de quien las recibe. En otras ocasiones, sin embargo, las muestras de cortesía de las que son objeto Perceval y Gauvain podrían ocultar segundas intenciones por parte de sus anfitriones y convertirse en una trampa potencial.

Contrastaremos las distintas experiencias de Perceval en los castillos de Gornemant de Goort y de Belrepaire, y la de Gauvain en el Castillo de las Reinas para observar los diferentes modos en que se manifiesta la hospitalidad.

## **La importancia de la hospitalidad en el *roman courtois***

La hospitalidad es un elemento fundamental en la vida social medieval, tal como se refleja en la acción de los *romans courtois*, los cuales se centran en la hospitalidad cortesana. Como señala Esposito, esta es una ceremonia compleja “en la cual el momento de la hospitalidad es menos una verdadera forma de asistencia que una excelente ocasión de describir un aparato de gestos y de acciones rituales, bajo la forma, en la mayoría de los casos, de una

---

<sup>1</sup> UBA - FFyL, [marianaflorenciagomez@gmail.com](mailto:marianaflorenciagomez@gmail.com)

fiesta mundana” (Esposito, 1982, p. 40). La corte rompe con la monotonía de la vida en el castillo para agasajar al huésped con una serie de rituales en los que puede reconocerse a sí misma.

Estas escenas de hospitalidad cumplen una doble función. Por una parte, presentan a la nobleza, el público a quien se destina el *roman*, un reflejo idealizado de su propia clase. Por la otra, estructuran el relato al engazar una aventura con la siguiente. Y es precisamente la aventura la razón de ser del caballero errante, la figura central del *roman*. Como señala Köhler:

La pérdida de una función política concreta abandona al caballero a sí mismo y sólo su reivindicación de pertenecer a los grupos superiores reintroduce la *aventure*, elevada al rango de prueba totalmente personal, en el seno de la comunidad, es decir del estamento nobiliario y, por consiguiente, bajo las leyes de una ética feudal. En tanto que la *aventure* se convierte en el ideal característico de este estamento en su conjunto, la baja nobleza puede integrarse en una comunidad de élite que, según la ficción literaria y cortés, es indiferente a las posesiones territoriales (Köhler, 1990, p. 66).

En este mundo ficcional donde la guerra territorial ya no es el eje del mundo feudal, la *quête* se convierte en el modo en que el caballero logra conocerse a sí mismo y definir el rol que ocupa en la sociedad. Por esa razón, más que indiferencia, Perceval y Gauvain manifestarán rechazo a la posesión de tierras. En los *romans* de Chrétien, quienes eligen permanecer en sus castillos ocupan un rol periférico: o son valvasores que prestan ayuda al héroe en sus aventuras o reyes, como Arturo, encerrado en su corte e imposibilitado de actuar.

### **Gornemant de Goort como modelo de hospitalidad**

*El cuento del Grial* se construye a partir de las pruebas que Perceval y Gauvain deben enfrentar a lo largo de su errancia. En el caso de Perceval, se trata de un viaje de iniciación: comienza su camino en la ignorancia y la ingenuidad, y las sucesivas experiencias lo formarán como caballero. Su llegada al castillo de Gornemant de Goort y los dones que allí recibe serán fundamentales para su aprendizaje.

Gornemant es el modelo del anfitrión cortés. Como señor de un castillo “muy bien situado y bien dispuesto en su interior” (Chrétien, 1985, p. 54),

de torres y muros fuertes, al que se accede por un puente “fuerte y alto”, Gornemant viste ropas de armiño, lleva un bastón en su mano que denota su autoridad y es acompañado por dos pajes. Recibe a Perceval sobre el mismo puente con perfecta cortesía, aunque descubre pronto la rusticidad del joven y su ignorancia en el manejo de sus propias armas.

Como valvasor, Gornemant pertenece a la categoría de caballeros que viven retirados en sus tierras y en el *roman* artúrico cumplen tradicionalmente con la tarea de brindar hospitalidad al caballero errante. En la respuesta que Gornemant le da a Perceval cuando este le pide albergue, el valvasor muestra el rol que cumplirá:

Con mucho gusto —dice el prohombre—, pero a condición de que me otorguéis un don del que veréis seguirse gran beneficio.

—¿Cuál? —dice él.

—Que seguiréis los consejos de vuestra madre y míos (p. 56).

En el *roman courtois* el pedido de un don a menudo acarrea serias dificultades si no se tiene el suficiente cuidado, pero en este caso particular el don beneficia más a quien lo otorga que a quien lo pide, porque Gornemant será quien instruya a Perceval en el manejo de su caballo y de las armas.

Una vez completa esta parte de la educación de Perceval, Gornemant lo invita a pasar a su castillo para disfrutar de una hospitalidad “irreprochable” (*sanz vilenie*). La escena que se describe es un caso ejemplar de este ritual cortesano:

Al principio de la escalinata se les acercó un agradable paje que llevaba un manto corto con el que corrió a abrigar al muchacho para que, después del calor, el frío no le hiciera daño. El prohombre tenía ricas estancias, hermosas y grandes, y buenos servidores; y la comida, buena, agradable y bien preparada, estaba dispuesta. Una vez los hubieron lavado, los caballeros se sentaron a la mesa, y el prohombre hizo sentar a su lado al muchacho y comer con él en la misma escudilla (p. 60).

El servicio que le presta Gornemant a Perceval se extiende mucho más allá del recibimiento en su castillo. El joven, al vencer al Caballero Bermejo, había ganado su armadura y sus armas, pero es Gornemant quien le enseña

el arte de la caballería. Reemplaza el viejo traje galés de Perceval por ropas más adecuadas a su nuevo rango y le aconseja que deje de utilizar a su madre como referencia y, en su lugar, cuando le pregunten quién le ha enseñado, mencione el nombre de Gornemant. El valvasor procura que Perceval corte con los lazos que aún lo atan a su madre para que de este modo comience a dejar atrás al muchacho ignorante que había sido en la Yerma Floresta.

Aunque Perceval menciona a Arturo al preguntársele quién lo ha nombrado caballero, es Gornemant quien cumple con el ritual para introducirlo en la orden de caballería, según lo detalla el narrador:

Y el prohombre se agacha y le calza la espuela derecha, pues era costumbre que el que hacía caballero a otro le debía calzar la espuela. [...] El prohombre cogió la espada, se la ciñó y lo besó y le dijo que, con la espada, le había dado la más alta orden que Dios haya hecho e instaurado: es la orden de caballería, que debe ser sin villanía (p. 61).

El valvasor le enseña los preceptos básicos de la caballería tal como se la entiende en el *roman courtois*, por los cuales Perceval se regirá en adelante: conceder merced al enemigo cuando pide por ella, ayudar a los indefensos, evitar las palabras innecesarias. A pesar de su deseo de conservar a Perceval a su lado para continuar instruyéndolo, cuando éste decide marcharse Gornemant lo despidе con una bendición y regalos. En el castillo de Gornemant se practica así la hospitalidad cortesana ideal, que ayuda al caballero en su camino, lo ennoblece y le aporta un beneficio sin esperar nada a cambio.

## **Perceval en Belrepaire**

Gornemant y su castillo encarnan todo aquello que el mundo cortesano debería ser. En contraste, Belrepaire y sus habitantes están marcados por la carencia y el infortunio. Desde que Perceval se aproxima al lugar empieza a observar las diferencias. La tierra a su alrededor es yerma; el puente que debe cruzar para alcanzar el castillo, tan débil que teme que no pueda soportar su propio peso. Nadie lo recibe sino hasta que llama insistentemente a la puerta, y entonces una doncella “flaca y pálida” responde a su pedido de albergue: “Señor —contesta ella—, lo conseguiréis, pero me lo agradeceréis bien poco; no obstante os albergaremos lo mejor que podamos” (p. 64). Cuatro hombres armados con hachas y espadas le abren la puerta. El narrador acota: “Si los

servidores hubiesen disfrutado de prosperidad, hubieran sido muy gentiles; pero habían padecido tanta miseria, entre ayunos y vigiliass, que uno se quedaba asombrado” (p. 64). Este recibimiento dista mucho de la hospitalidad irreprochable de Gornemant, y una vez dentro de los muros, se evidencia aún más la miseria de Belrepaire. Calles deshechas, casas y monasterios en ruinas; ninguna señal de actividad ni comercio, tampoco la presencia de alimentos que pudieran comprarse: “Tan desprovisto encontró al castillo, que no había ni pan ni pasta, ni vino, ni sidra ni cerveza” (p. 64). Chrétien no describe en detalle la riqueza del castillo de Gornemant, porque se da por sentada como la norma en un *roman courtois*. En cambio, sí detalla minuciosamente las penurias de Belrepaire: desde los “cinco miserables panes” para cenar hasta la escasez de caballeros para salvaguardar el castillo. La *largesse* de Gornemant es todo lo que cabría esperarse de la hospitalidad cortesana bien entendida; Belrepaire, en cambio, es un ejemplo de la hospitalidad en una situación desesperada.

No obstante, los habitantes de Belrepaire se esfuerzan en cumplir con los ritos de la hospitalidad: desarman a Perceval, ponen un manto sobre su espalda, alimentan a su caballo con lo poco que les queda y lo llevan a conocer a Blanchefleur, la doncella del castillo. En la descripción de la joven se encuentra todo el lujo del que carece Belrepaire: ropas púrpuras tachonadas de oro, pieles de armiño, cebellinas; sus cabellos se comparan al oro; su frente, a las piedras preciosas y el marfil; la combinación de rojo y blanco de su piel se asemeja al sinople sobre la plata. En su belleza hiperbólica se encuentra toda la riqueza que su castillo parece haber perdido. La doncella saluda a Perceval con una advertencia:

Buen señor, vuestro albergue no será, en verdad, como convendría a un prohombre. Si ahora os dijera cuál es nuestra situación y nuestro estado, podría hacer que os figurarais que lo hacía con mala intención para hacerlos marchar de aquí; pero, si os place, venid y aceptad el albergue tal cual es, y Dios os lo dé mejor mañana (p. 66).

Por sus palabras, podría creerse que desea disuadirlo de permanecer allí, pero su intención es la opuesta. A pesar de todo, Perceval es bien atendido, como nos lo describe el narrador: “El caballero disfrutó de toda la comodidad y de todo el deleite que se puede imaginar en una cama, excepto el placer de

doncella, o el de dama, si le hubiese estado permitido; pero él no sabía nada del amor” (p. 68).

En este caso en particular, la hospitalidad es motivada en parte por el deber cortés de albergar y agasajar a uno de los suyos, aun en condiciones adversas, pero en la escena en que Blanchefleur baña con lágrimas el rostro de Perceval mientras él duerme, se revela una segunda intención. Cuando la joven le habla de sus padecimientos y le revela su plan de suicidarse al día siguiente a menos que un caballero venza a Anguinguerón y levante el asedio, Perceval inmediatamente se ofrece a tomar las armas, lo cual era desde el primer momento el objetivo de la doncella: porque ella —aclara el narrador— “únicamente fue a llorar sobre su cara, aunque le diera a entender otra cosa, para meterle en el ánimo emprender la batalla, si osa hacerlo por ella, a fin de defender su tierra” (pp. 70-71). Blanchefleur le presenta así una oportunidad de probarse como caballero, y en cierto modo continúa la educación que había comenzado Gornemant (el cual es nada menos que su tío), al enseñarle la relación entre amor y armas.

Hay una diferencia entre tío y sobrina: Gornemant le había pedido a Perceval un don que en realidad beneficiaba a quien lo otorgaba, mientras que los discursos de Blanchefleur enmascaran sus verdaderas intenciones. Se despide de Perceval deseándole que encuentre mejor hospitalidad que la suya y se niega a ser su amiga si la condición es que él muera por ella, pero cada una de sus palabras tiene el objetivo de que Perceval haga lo opuesto de lo que le pide: “Ella lo ha puesto en tal trance, que por un lado se lo reprueba y por el otro lo instiga” (p. 72), explica el narrador. Desde el primer momento lo ha estado manipulando para sus propios fines, una manipulación que, no obstante, está lejos de mostrarse como algo negativo: en cierto modo, ella está cumpliendo con su deber para con los habitantes del castillo y, además de haber recibido a Perceval con toda la cortesía posible dadas sus circunstancias, lo proveyó incluso de lo único que Gornemant no podía ofrecerle: el amor de una doncella de quien Chrétien dice que “para robar los corazones de la gente hizo Dios en ella un prodigio, pues después no volvió a crear a otra semejante, ni antes la había creado” (p. 62). Pero esta cortesía, a diferencia de la de Gornemant, está motivada por un interés propio.

Los esfuerzos de Blanchefleur se ven recompensados cuando Perceval vence a Anguinguerón y regresa la alegría al castillo. Sin embargo, no logrará

tener el mismo poder sobre Perceval cuando quiera convencerlo de permanecer a su lado en Belrepaire. Ni los ruegos, ni el amor, ni la posibilidad de convertirse en señor del castillo alcanzan para retenerlo, y el narrador así lo expresa:

Toda la tierra sería libremente suya, si hubiese podido evitar que su corazón estuviera en otro sitio; pero ahora más se acuerda de otra cosa, pues tiene en el corazón a su madre, que vio caer desvanecida, y tiene más deseos de ir a verla que de nada más. No se atreve a despedirse de su amiga, porque ella se lo veda y se lo prohíbe y ha ordenado que le pidan mucho que se quede. Pero nada consiguen con lo que le dicen (pp. 89-90).

### **Gauvain en el Castillo de las Reinas**

Perceval no es el único caballero que en este *roman* renuncia al señorío de un castillo: Gauvain enfrenta una elección similar en el Castillo de las Reinas. Aquí también se debe cruzar un curso de agua para llegar al castillo y, en este caso, un barquero recibe a Gauvain en su casa. La calidad del albergue no tiene nada que envidiarle a la ofrecida por Gornemant. Se nos dice que: “La casa del barquero, que era tal que en ella se podría hospedar un conde, estaba cerca del río, y Gauvain se encontró muy bien en ella” (p. 190). A diferencia de las escenas en el castillo de Gornemant, aquí se enumeran todas las carnes y clases de vinos que se sirven. Este grado de lujo resulta algo extraño para un mero barquero, y funciona como anticipo de la riqueza del Castillo de las Reinas, un sitio donde hasta un hombre rengo tiene una pata postiza de plata, con aros de oro y piedras preciosas (p. 194). Del mismo modo minucioso en que se describen las miserias de Belrepaire, se retrata el esplendor de este palacio:

[...] sus puertas [eran] ricas y bellas, pues los goznes y los cerrojos eran de oro fino, según atestigua la historia. Una de las puertas era de marfil, muy bien cincelado por encima, y la otra de ébano, igualmente trabajada, y ambas estaban iluminadas con oro y piedras preciosas. El pavimento del palacio era verde, rojo, índigo y azulado, variado en todos los colores, muy trabajado y pulido (p. 195).

El lujo hiperbólico, tan fuera de toda medida cuando se lo compara con el castillo de Gornemant, sumado a las advertencias del barquero sobre aquella “tierra salvaje llena de grandes maravillas” (p. 195), hace pensar en un lugar

que parecería guardar relación con el Otro Mundo, ya sea el mundo feérico o el reino más allá de la muerte. Por otra parte, el Castillo de las Reinas se halla excluido del mundo no solo en el plano físico, sino también porque allí el transcurrir del tiempo parece haberse detenido. Por un lado, las Reinas y señoras del castillo son la madre de Arturo y su hija, la madre de Gauvain, quienes, como él mismo señala, han muerto muchos años atrás. Por el otro, los escuderos nunca se convierten en caballeros a pesar de sus cabellos y sus barbas encanecidos; las doncellas nunca podrán desposarse. No mueren, pero tampoco viven. Al detener cualquier desarrollo se detiene el curso de la vida misma. Todos aguardan la llegada de un libertador: un caballero sin villanía ni tacha alguna, que logre permanecer en el palacio y romper el encantamiento que les impide reincorporarse a la vida.

Cuando Gauvain demuestra ser el caballero esperado al superar la prueba del Lecho de la Maravilla, la hospitalidad que recibe está fuera de toda medida: innumerables pajes se arrodillan ante él para luego desarmarlo, las reinas le envían ropas lujosas y una multitud de doncellas hermosas se ofrecen a servirlo. Sin embargo, toda esta cortesía tiene un precio: a quien se le conceda convertirse en amo y protector del castillo, se advierte, “le será ordenado y destinado no salir nunca de estas mansiones, con razón o sin ella” (p. 202). Así como Blanchefleur quería asegurarse un defensor, las reinas desean retener a Gauvain en su mundo del tiempo detenido. A pesar de todos sus lujos, Gauvain percibe ese lugar como una muerte en vida. Como le explica al barquero: “vivir siete días aquí encerrado me parecería siete veces veinte años, si no pudiera salir todas las ocasiones que quisiera” (p. 202).

Como en Belrepaire, la hospitalidad en el Castillo de las Reinas viene acompañada de segundas intenciones: la necesidad doble de asegurarse un libertador y un señor. La cortesía del recibimiento cumple con la función de persuadir al vencedor para que se quede, y se conjuga con la promesa del título de señor y la belleza de sus doncellas. El lujo también funciona como un aliciente: la fortuna inigualable del Castillo de las Reinas podría ser tentación más que suficiente para muchos, y en el caso del deteriorado Belrepaire, toda su opulencia se condensa en la figura de Blanchefleur con su hermosura hiperbólica en la que el infortunio no ha hecho mella.

Quedarse, sin embargo, implica abandonar la vida errante y las aventuras. Sería el fin de la vida del caballero tal como se concibe en el *roman courtois*.



El momento en que un caballero decide quedarse en un castillo finaliza su relato o pasa a ocupar un rol periférico en la historia de otros, como sucede con Gornemant o el mismo Arturo.

Cabe destacar que el estado inconcluso de este *roman* impide asegurar cómo se habría resuelto esta situación. Desconocemos si Perceval regresaría a Belrepaire al final del relato y cuál sería el destino del Castillo de las Reinas. En principio, tanto Gauvain como Perceval precisan encontrarse libres de toda atadura para continuar en la búsqueda de la lanza que sangra. No obstante, la decisión de Gauvain de marcharse del castillo, y la facilidad con la que logra salir y entrar de sus dominios, por una parte, y la reticencia de Perceval a regresar junto a Blanchefleur tras descubrir la muerte de su madre, por la otra, permiten suponer que los dos son conscientes del precio que implicaría aceptar permanecer como señor de un castillo, y ninguno de ellos estaría dispuesto a pagarlo.

## Referencias bibliográficas

- Chrétien de Troyes (1985). *Perceval o El cuento del Grial*. M. Riquer (Trad.). Madrid: Espasa.
- Esposito, E. (1982). Les formes d'hospitalité dans le roman courtois (du *Roman de Thèbes* à Chrétien de Troyes). *Romania*, 410(11), 197-234.
- M. C. Balestrini (Trad. y adapt.) (2012). Les formes d'hospitalité dans le roman courtois (du *Roman de Thèbes* à Chrétien de Troyes), E. Esposito (1982). *Romania*, 410(11), 197-234. En S. Artal y M.C Balestrini (Comp.), *Para leer Yvain o el caballero del León de Chrétien de Troyes*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires - Facultad de Filosofía y Letras.
- Köhler, E. (1990). *La aventura caballeresca. Ideal y realidad en la narrativa cortés*, B. Gari (Trad.). Barcelona: Sirmio. Traducción de Blanca Gari.